

# Los Stones en la cúspide

Pablo Espinosa

Los Rolling Stones en escena:

Ritual pagano. Fiesta frenética. Ceremonia íntima, vivida en multitud.

Todo efervesce. Todo trema. Todo hierve. Hectolitros de dopamina.

Una experiencia para toda la vida.

La noche del 25 de marzo de 2016 se desató un estrépito de guitarras, gritos sin gradería. Un hito: por primera vez se presentaron, ante medio millón de espectadores, los Stones en La Habana, Cuba, para hacer historia.

Culminaron así su gira Latinoamérica Olé, con paso previo de dos noches en México.

La evidencia: viven el momento más alto de su carrera. Su desempeño musical ha alcanzado la cúspide. Medio siglo después de buscar entre el estrépito y la barahúnda, por fin encontraron la manera de sonar como sus guías: los grandes maestros del Delta del Mississippi.

El nivel artístico del grupo ha sido elevado desde siempre. Sus anteriores cuatro visitas muestran de manera sucesiva el avance, el proceso, las metas.

Sonido emblemático, vigor, garra, hondura, arrebato. Sus emblemas.

Y todo eso siempre en ascenso.

En marzo de 2016, entonces, los Stones demostraron que ya lograron su cometido: aprendieron a tocar como negros, como los grandes semidioses del blues. Encontraron el camino grande: el sendero del blues que se trazaron 50 años atrás y recorrieron veredas, vertientes, vericuetos, con los cuales se coronaron campeones pero había algo faltante, aún no sonante, que por fin se virtió en escena durante los conciertos de marzo en México y en La Habana.

El cuarteto lo forman tres: Mick Jagger. Alumno brillante de la London School of

Economics y, al igual que David Bowie hizo lo propio, se ha encargado de convertir la mejor banda del mundo en el mejor negocio posible. En octubre apenas, cerró el negocio en La Habana. Viajó solo. Nadie sabe con qué magnate se reunió en secreto. Sólo se conocen sus fotos como turista, posando junto a los bellos automóviles antiguos que pululan en La Habana.

El concierto en Cuba queda como hito. La visión que tiene Jagger de la Historia hizo de la fecha algo más que una premonición, pues aún no se sabía de las visitas del Papa ni del presidente de Estados Unidos. De hecho, hubo que cambiar la fecha del concierto, para que no se empalmara con Obama.

Jagger es un mago que sabe adivinar los tiempos: *time is on my side / yes it is*. Canta.

Su manera de frasear ha alcanzado también el nivel de lo sublime. A su característica coreografía, reencarnación temprana de Rudolf Nureyev, añade manierismos sin fin en sus vocablos, vueltos plastilina. Así por ejemplo en “Sympathy for the Devil” su acento *british* hace sonar linduras tales como “*nicha of my niiiim*”, en lugar de “*nature of my name*”. O bien: “*I miss you, baibiii*”, en lugar de “*Miss you, baby*”.

Jagger es los Stones. Los tres de rostros arrugados son un icono viviente, un logotipo vivo. Un emblema.

Los sobrevivientes a los pocos cambios que ha experimentado el grupo imprimen una imagen icónica: la mejor música rock del planeta tiene arrugas. Es un haz de arrugas, hato de telarañas sus rostros, atajos de tajos sus comisuras, hendiduras sus heridas del tiempo.

Ya lleva décadas un error que repiten cual tropismo los muchos: la edad de los integrantes de la más grande banda de



Mick Jagger

rock les causa erisipela, escozor, tremor y temor. *Rucolling* Stones, repiten.

Decir eso es antigualla, traslape, falta de tino, porque el rock dejó de ser revolución en los años setenta para convertirse en lo que es hoy en día: negocio, industria, tropismo de masas.

En los años setenta era pecado envejecer. No se podían conciliar las palabras rock y ruco. Eran contrasentido. Llegar a los 30 años de edad estaba prohibido y por eso existió el club de los 27, inaugurado precisamente por un integrante de los Rolling Stones: Brian Jones.

Jimi Hendrix, Janis Joplin y Jim Morrison también murieron a los 27 años y la leyenda habría de extenderse: Kurt Cobain y Amy Winehouse, por citar dos ejemplos recientes.

El modelo artístico que persiguen los Rolling Stones, así como muchos músicos de rock británicos, son los músicos de blues y estos, da la casualidad, se caracterizan por su edad avanzada. Cuanto más viejo es un músico de blues, es cada vez mejor; su canto y su toque se tornan sublimes, su mensaje cobra mayor profundidad. Mueren en la cúspide de su carrera.

Los Rolling Stones, en marzo de 2016, viven la cúspide de su carrera.

Resulta claro que morirán, cuando eso suceda, como lo hicieron sus maestros, los venerables ancianos negros: en la paleta, guitarra en mano. En escena.

Lo demuestra la manera como pulsaron los *riffs*, hendieron el aire, calcinaron la atmósfera con una intensidad nunca antes vista en sus 50 años de carrera ni en sus anteriores cuatro visitas a México.

Un acorde brutal sale expulsado de la guitarra de Keith Richards, quien levanta el brazo al aire, para guiar el efecto de la chispa divina que acaba de arrojar con su instrumento y el índice señala al cielo: fuegos de artificio.

Tremebunda sucesión de explosiones que duran hora y media como la noche del 14 de marzo de 2016, cuando hicieron sonar “Midnight Rambler” como si Muddy Waters mismo estuviera en escena canturreando, soltando *riffs*, incendiando la noche entera.

Mick Jagger a sus 72 años, Keith Richards a sus 71, Ron Wood a sus 68 y Charlie Watts a sus 74 son unos jovenazos que ya aprendieron a tocar como sus ídolos, los viejos negros del Delta del Mississippi.

Durante dos noches en México mantuvieron a 120 mil personas arriba, arriba, arriba, en un ritual salvaje donde lanzaban *riffs* con los ojos cerrados, en éxtasis, mientras el coso parecía inundarse de adrenalina y todos se desgañitaban ululando las us del coro de “Miss You” y de “Sympathy for the Devil” y los versos desgranados: *please to meet you... I hope you guess my name... let's spend the night together... paint it black... Miss you...*

Gárgolas, homúnculos, gnomos, creaturas sagradas. Los Stones.

¡Fuuuuummm! Una nueva explosión cimbra el piso que tiembla bajo los brincos lunáticos de la masa que suda, canta, mueve la cabeza con frenesí, porque está sonando “Gimme Shelter” y esto es una locura, una nueva locura, un nuevo orgasmo masivo producido por esta música energética.

¡Braaaaamm! Vuelve a tremar la tierra, porque está sonando esa lasciva sucesión de acordes que conforma otro ritual: “Honky Tonk Women” y la masa vocifera aun más fuerte: its the jooonki tonk,

jooonki tonk güüimeeeeen / guime guime guime / de jonki tonk blues.

Y la palabra blues resuena, vuela y sobrevuela las 60 mil cabezas de vario linaje que conforman un manicomio de renovación, un templo de expiación y renacimiento, una orgía salvaje de sexo y rocanrol, que son lo mismo. Guime guime guime de jonki tonk blús.

El paraíso musical. Porque estos británicos están en el mejor momento de su carrera: tocan como dioses.

La ejecución de “Midnight Rambler” queda para la historia por razones estrictamente musicales, entre ellas el *suspense*, el dominio de los *tempi*, el balance exacto de las masas sonoras.

En medio de la bruma, Mick Jagger asemeja una Pavlova sin tutú. Levanta los brazos cual cisne negro transfigurado y la música se eleva con ellos. Los baja lentamente y a esa velocidad pasmosa el tempo baja, el ritmo disminuye, la presión arterial se pone al mínimo y reina entonces el silencio.

¿Silencio en medio de un concierto de rock? Y sobre todo, ¿silencio en medio de un concierto de los Rolling Stones?

Silencio. El esplendor del silencio. Y la quietud. Porque todo está quieto una vez que Mick Jagger ha bajado los brazos pavlovianos hacia el suelo; Ronnie Wood quedó congelado, ojos cerrados, en medio de un acorde; Keith Richards se quedó con la baqueta a medio camino hacia el parche del tambor.

Y de repente, en una milésima de segundo, una nueva explosión ocupa el sitio del silencio: ¡cataplum! Suena “Sympathy for the Devil” y ya no hay ningún cuerdo en esta catedral convertida en manicomio.

*Please to meet you / hope you guess my name / but what's puzzling you / is the nature of my game...*

Sí, un manicomio. Sí, una catedral. El Foro Sol de la Ciudad de México es un enorme descampado, un campamento al aire libre, sin techo ni cobijo. Pero la locura que ha poseído a estos 60 mil mortales estupefactos y en alarido con esta música tremebunda convierte el coso en catedral. La más pecaminosa, la más pútrida, sudada, vertida en todo tipo de fluidos corporales.

*Angie, you're beautiful / but ain't it time to say*

*Goodbye / Angie, I still love you baby / Remember*

*All the dreams we held so close.*

Porque hay que ver cómo Mick Jagger se despoja lentamente de su casaca roja a lo Mozart y la manera como desabotona su blusa roja-pasión de seda. De la misma manera como lo hace una dama en el momento sublime previo al amor.

Catedral de lo sublime: un coro de jovencitas y jovencitos entona la introducción de ensueño en una pieza que manifiesta el Malestar en la Cultura freudiano: “You Can't Always Get What You Want” y el saxofonista Tim Ries hace embocadura en corno francés y desafina pero eso qué, en una orgía como esta no cuenta el virtuosismo de la música de concierto sino el fragor y entonces Mick Jagger da la solución al Malestar en la Cultura con un verso: nunca podrás tener todo aquello con que sueñas, pero si porfías, hallarás a veces que obtendrás lo que necesitas.

Y suena otro tema existencial: “(I can't get no) Satisfaction”. Y a todos nos recorre un hormigueo, una corriente eléctrica que nace en la nuca y se esparce por toda la epidermis y así quedaremos para siempre, porque estamos presenciando el mejor concierto de nuestra vida.

De aquí en adelante los conciertos de los Stones serán cada día mejores. Porque ya lograron alcanzar la cima: son inmortales.

¿Y luego de La Habana, qué sigue? Se preguntan los cuatro en un video lanzado al mundo: London. Su exposición grandiosa titulada Exhibitionism.

¿Y después qué?

Un nuevo disco.

¿Un nuevo disco de los Stones?

Es tan vasta, completa y lograda la discografía del grupo que ya nadie espera nada de ellos. Lo han dado todo.

Y darán más.

La confirmación de que en breve lanzarán un nuevo disco confirma a su vez lo antes dicho: los Rolling Stones viven el mejor momento de su carrera. Están en plenitud, tocan como dioses.

Y ya son inmortales. **U**